

# FICHAS SUELTAS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

**U**NA tarde -o acaso una mañana- de primeros de junio de 1962 pasaba don Enrique Tierno Galván por la calle de Alcalá. Eran los días del «contubernio de Munich» y andaba Tierno preocupado «en esta y otras cosas».

Entonces el todavía no «viejo profesor» (44 años) se topó con su amigo Fernando Béjar, quien viéndole preocupado dijo:

*-Vamos a jugar una partida de billar.*

Y fueron al cercano Casino de Madrid.

Tierno recuerda ahora en sus «*Cabos sueltos*» (Bruguera-Zeta): «Es un juego que tranquiliza sobremanera, pues las bolas nos representan a cada uno de nosotros moviéndonos sin saberlo, de acuerdo con el tacazo del azar o la necesidad.»

Vamos, pues, como las esferas marfileñas por el paño verde, estadio de andar por casa, en busca de la carambola que es la formación del triángulo, padre de toda una bellísima geometría y símbolo divino y trinitario de perfección.

Joaquín Domingo, que fue uno de los grandes billaristas españoles allá por los años del mentado contubernio, definía así el canon del buen jugador:

*-La mano izquierda debe ser de hierro y la derecha de algodón.*

Y así vi yo (hierro y algodón) las manos del sevillano Alvarez Osorio y del onubense Gálvez, rivales de Domingo por entonces. Gálvez, criado en las humedades de Huelva junto a la mesa rectangular dos veces más larga que ancha, tenía la cabeza calva y redonda convertida ella misma en bola «pinta» o bola «blanca» buscadoras del «mingo»: era como expresión geométrica de la obsesión deportiva de su portador.

Durante años la política invertía el canon billarístico. Era la derecha de hierro y la izquierda de algodón. Cosas del azar y, sobre todo, de la necesidad. Claro está que en el buen billar hay menos azar que en la mala política. Entra el azar en proporción inversa al conocimiento, que quien une al hierro y al algodón de sus manos el

exacto saber de los diecisiete puntos de percusión capaces de generar los efectos deja escaso campo a la suerte. Y entonces casi todo lo que ocurre en el verde rectángulo es obligado y necesario. No es ese el caso de quienes afinan escasamente la vista, desconocen la geografía puntual de la bola, agarran la mano y pifian el tacazo.

Casi veinte años después, el alcalde Tierno jugó una partida de ajedrez con el maestro Díez del Corral. Y, lógicamente, perdió. Porque en ajedrez -juego de estrategia por antonomasia- cuando se contienda con alguien que sabe mucho más que nosotros parece que todo está preordenado desde siempre y que la voluntad del jugador sapiente actúa como la voluntad divina en la predestinación absoluta del calvinismo. O sea, (traducido al lenguaje poético) que el bueno nos gana siempre, que no hay tu tía.

Fue ésta una partida consecuencia de otro «contubernio»: el habido entre socialistas y comunistas para llevar a Tierno a la alcaldía madrileña. Y ahora, de alcalde, ha dicho el hombre:

*-Lo importante es que la gente se divierta y que la cultura, porque el ajedrez es cultura y plástica, llegue a todos los vecinos de Madrid.*

Indicio notorio de la soviétización municipal, pues el ajedrez es deporte nacional y escolar en la URSS, patria de campeones como Botvínik, Smyslov, Petrosian, Spasky, Karpov, Kornoi, Tal y cual. Claro que también por aquí nació Ruy López... De todas formas uno en esto del ajedrez se quedó en Morphy, Chigorin y Steinitz, este último tan «buscador del centro del tablero que puede ser considerado directo antecedente de la UCD. Bien es cierto que a don Adolfo Suárez le iba más el mus.

El caso es que Tierno juega una partida de ajedrez viviente en la Plaza de la Villa. Tiene la citada plaza una estatua de don Alvaro de Bazán, nuestro gran marino. Cosa muy propia de ciudad tan marinera como Madrid. No hemos de extrañarnos de ello, porque justamente un gran archivo marino está encallado en plena Mancha por el Viso del Marqués. Este marqués fue don Alvaro «que hizo un palacio en el Viso porque pudo y porque quiso». Gracias a ello el via-

jero que viene (o va) por las carreteras manchegas se topa de pronto con un mástil lleno de grímpolas y gallardetes, como si por allí navegara el hermoso «*Juan Sebastián Elcano*».

Jugaba Tierno su partida contra Díez del Corral (primero se habló de Pomar, el antiguo niño prodigio Arturito Pomar) a mediados de agosto. Eran las fiestas de la Paloma y hacía el calor propio de esas fechas. Las treinta y seis fichas humanas estaban vestidas según modelos del figurinista Moreno. Don Enrique Tierno iba de uniforme. Es decir, con el terno gris cruzado. Ni siquiera en mitad del verano prescinde el «viejo profesor» del chaleco. Debo al periodista Carlos Rodríguez («*Off the record*») la transmisión de esta frase explicativa de nuestro enchalecado héroe.

*-El chaleco quita el calor porque empapa.*

Me lo decía el colega la noche del 16 de junio, cuando Ruiz-Giménez presentó en el Palace los «*Cabos sueltos*».

(Don Joaquín castigó al auditorio con un largo parlamento tan repleto de buenas intenciones como falto de gracia. Porque el buen Dios que hizo rebosar a su ex-ministerial hijo de gracia actual y aun de gracia santificante -seres divinos que nos hacen hijos de Dios y herederos de su gloria- le dejó en cambio ayuno de gracia literaria. Y los numerosos oyentes de aquella tarde -muchos venidos del cercano Congreso de los Diputados- habríamos preferido sin duda a don Joaquín con algunos pecadillos de más y alguna sosería de menos).

Volvamos al calor. Como buen soriano, Tierno prefiere el frío al calor. Al recordar los días de la guerra escribe: «Tengo desde entonces la sensación del frío como algo confortable». Y también: «Del calor tengo malísimos recuerdos. Lo asocio a desmanes, querellas, peligros y canciones que siempre que las oigo responden a una situación de inadaptación y molestia (...) para mí la guerra fue especialmente incomprensible a través del calor». Es así que se entristece al escuchar «*Rocio*» o «*Los campanilleros*»... Y al relatar sus conversaciones con los carlistas por el año 1964 anota: «Los balcones de aquella cámara daban a la calle. Entraba por ello bastante calor, lo que no es bueno



El profesor Tierno Galván y el maestro Diez del Corral juegan una partida de ajedrez viviente en la Plaza de la Villa. Lo lógico en un juego de estrategia es que pierda quien menos sabe. Y así fue aquí.

para esta clase de conversación. El calor fatiga a los negociadores de menor tesón...

Tierno es soriano, aunque creo que nació en Madrid (digo «creo» porque miro el Larousse en edición española para comprobarlo y allí no figura Tierno Galván, en el correspondiente tomo 10. Si viene Ramón Tamames, lo cual me parece justo, pero lo señalo con el simple ánimo de jorobar con la comparación). En estos «Cabos sueltos» podemos atar casi una teoría de la «sorianidad». Ahí va una antología: «No conozco ninguna región de España, provincia o comarca en la que sus habitantes miren como se mira en Soria»; «no es una distancia que esté definida por el respeto al otro, como en cierto modo ocurre en Soria»; «Camacho, soriano, hombre sencillo en sus juicios y constante en su comportamiento, como la mayor parte de los que pertenecen a esta región»; «Camacho es natural de Soria y, como soriano, hace todas las cosas con la sencillez y la capacidad de aguante que nosotros solemos definir aplicando el adjetivo sufrido. Es un hombre sufrido como sufridos son todos o casi todos los sorianos» (¡pues, anda, viejo profesor qué los oyentes de Camacho cuando éste tomaba la palabra en plan sermón!...)

Aquella tarde de junio, durante la presentación del libro, dijo Tierno: «La sociedad está organizada de tal manera para que seamos desleales y a veces lo consigamos».

(Y una caricatura de tal frase podría ser esta crónica, reflejo incompleto y por tanto casi desleal de una lectura —incompleta aún, pero leal— de las setecientas páginas de «Cabos sueltos».)

Aquella tan citada tarde el no menos citado Tierno apuntaba:

«Los españoles no servimos para escribir memorias. Los franceses, sí. Lo que los españoles escribimos son recuerdos».

Y es que la memoria sirve para retrotraer el pasado y el recuerdo es el pasado filtrado por el tamiz del presente.

Los «cabos» son ciertamente más recuerdo que memoria, pero no una justificación del presente por la reinterpretación del pasado: «Es criterio que me he impuesto en estos 'cabos sueltos' no fomentar enconos ni utilizar el pasado para disolver el presente.»

En ocasiones la intención de «no fomentar enconos» hace parecer el libro un manual de irenismo, donde todo el mundo es bueno. Nos bastaría para verlo recurrir a la censurable o por lo menos censurada costumbre comparativa. Ver así en paralelo tratamientos de Tierno aquí y, por ejemplo, de Aranguren en su mucho más breve y antiguo libro «Memorias y esperanzas españolas». Así podríamos comparar en ambos el tratamiento del hoy difunto D. Luciano de la Calzada, catedrático instructor del expediente académico justificador legal de la expulsión universitaria de

los dos profesores en 1965: o las opiniones dobles sobre Carl Schmitt... Y, sin embargo, las dos visiones personales de Tierno y de Aranguren resultan válidas. Tanto por ser personales y subjetivas como por el carácter poliédrico que toda persona suele tener. Difícil es encontrar una que sea tan simple que sólo tenga una cara, salvo esas que por su extraordinaria simpleza calificamos de «simples».

Pienso que acaso caiga yo en el irenismo que subrayo, al tratar de conciliar las dos versiones. Sirva de disculpa que para mí, como para muchos otros universitarios españoles de los años sesenta, Aranguren y Tierno tuvieron la cualidad de ser nuestros maestros aún sin ser nuestros profesores. Seguimos a Aranguren en su ya histórico seminario —¡qué buen tema sería su análisis para una tesis doctoral creadora y no adocenada!— y a Tierno en los boletines de su cátedra que venían de Salamanca (separatas con «La realidad como resultado» o «Ambigüedad y semidesarrollo») y una vez hasta de Princeton («Anatomía de la conspiración»).

En el libro, además de irenismo, hay ironismo, ironía; a pesar del propio Tierno: «sospecho del humor, aunque a veces me deje arrastrar por la ironía». Y eso lo vemos en algunos trazos de personajes: «Trevijano, gran estratega por imaginación y naturaleza que a veces se inventaba las batallas. De haber podido librar todas las batallas en lides reales, quizá su estrategia hubiera dado resultado, pero muchas de ellas las libró en la pura imaginación»; «A Trevijano le parecía que no utilizar el avión era descender en la escala de los conspiradores»...

Vamos a dejar —pues si el tiempo no apremia, si aprieta el espacio— las fichas sueltas de estos «Cabos sueltos» escritos con pulcritud, cortesía y buena crianza (como corresponde a un soriano, supongo). Cierro con el recuerdo, o más bien la memoria, de unas líneas del «Benito Cereno» de Herman Melville, tan querido a don Enrique Tierno (los españoles se dividen en dos grandes grupos: los partidarios de Melville y los partidarios de Stevenson. Salvo un servidor que, como en aquella canción creo que de Pepe Pinto, «tengo entre dos amores mi corazón repartido»). Bien, pues dice Melville en «Benito Cereno»:

«Pero lo pasado, pasado está, ¿por qué moralizar sobre esto? Ohvidelo. Vea usted; este sol radiante lo ha olvidado todo, como el mar, y el cielo azul; estos han dado vuelta a las antiguas páginas».

«Sí, pero porque no tienen memoria; porque no son humanos».

Así es. Esa es la verdad y quien dijere lo contrario miente. ■

V. M. R.